

NEW LEFT REVIEW 94

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2015

ARTÍCULO

PERRY ANDERSON

Rusia inconmensurable

ENTREVISTA

JAN BREMAN

Un investigador sin trabas

ARTÍCULOS

MARCO D'ERAMO

Después de Waterloo

MALCOLM BULL

El declive de la decadencia

ROB LUCAS

¿El socialismo como idea reguladora?

CRÍTICA

ALEXANDER ZEVIN

El apagavelas

DAVID SIMPSON

Construir el sujeto liberal

RACHEL MALIK

Representaciones figurativas

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Douglas Newton, *The Darkest Days: The Truth Behind Britain's Rush to War, 1914*, Londres y Nueva York, Verso, 2015, 386 pp.

ALEXANDER ZEVIN

EL APAGAVELAS

El centenario de la Primera Guerra Mundial ha sido también una cita editorial, donde se diría que las publicaciones han proliferado tanto como esas amapolas de cerámica –888.264, una por cada soldado británico o colonial muerto– que se esparcían al pie de la Torre de Londres en noviembre de 2014. Muchos más millones de personas visitaron sin duda la instalación *Blood Swept Lands* [«Tierras Anegadas en Sangre»] de las que leerán sobre la guerra que conmemoraba, lo que no deja de ser una prueba más del efecto de la promoción oficial del Día del Recuerdo [*Remembrance Day*] en la Gran Bretaña de los últimos años. Pero el carmesí tan solemnemente fijado en los ojales o en los fosos señala lo paradójico de las conmemoraciones oficiales del conflicto: el duelo por el sacrificio heroico unido a la reivindicación del honor nacional y de la victoria final. La causa de Gran Bretaña era justa. Tal y como la entendieron los propios contemporáneos, se trataba de la defensa de la aguerrida y pequeña Bélgica, tan bárbaramente invadida por los hunos; y, tal y como los más reputados historiadores vienen mostrándonos desde entonces, supuso la salvación de Europa de la dominación del militarismo alemán, más peligroso y despiadado que ningún otro poder de su tiempo.

El libro de Douglas Newton *The Darkest Days: The Truth Behind Britain's Rush to War, 1914* se ocupa de lleno de esta versión de 1914 y de las mitologías en torno a ella: la idea de que el Gobierno de Asquith habría entrado en la guerra en el último momento, solo después de haber agotado las alternativas diplomáticas, tras tratar en vano de refrenar a Rusia y a Francia y de negociar

con Alemania, y con el único fin de mantener su compromiso, rubricado en un tratado unánimemente respaldado por la nación, con la neutralidad de Bélgica. Newton, un historiador australiano cuyo estudio simultáneo *Hell-Bent* explica con detalle la contribución del *establishment* político de su propio país a la carnicería, centra *The Darkest Days* en los días previos a la declaración de guerra a Alemania por parte de Gran Bretaña, ofreciendo un relato meticuloso del día a día de las deliberaciones y maniobras en las altas esferas del Estado británico que desembocaron en aquella decisión. Su tesis central supone una demolición de la leyenda de que había una amplia unanimidad detrás de la declaración de guerra. Por el contrario –mantiene– nos sorprende comprobar cuánta resistencia opuso el país, sin parangón en ninguna otra capital europea, y las medidas extremas de engaño, fraude e intimidación que fueron necesarias para doblegarla.

The Darkest Days arranca aproximadamente un mes después del asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su esposa en Serbia, en un momento en el que la mayor parte de la clase política británica, empezando por el rey, había casi perdido toda esperanza de evitar una guerra civil en Irlanda a cuenta de la introducción de la autonomía [*Home Rule*], y o bien estaba expectante por ver qué forma adoptaría el conflicto o bien se había retirado a sus circunscripciones rurales. En un principio no dieron demasiada importancia al atentado de Sarajevo. Sus posibles implicaciones no fueron consideradas hasta el ultimátum de Austria a Serbia del 23 de julio. Asquith, en una carta que dirige a su amante en la tarde siguiente, comentó que una guerra en los Balcanes, de involucrar a las potencias continentales rivales, podría ser el «Armagedón», pero «por fortuna no parece que haya razón alguna para que nosotros seamos nada más que espectadores». Tres días después, el 27 de julio, Lewis Harcourt, el secretario de Colonias, contó once de diecinueve miembros del Gobierno que compartían esta convicción, y que constituían «una facción de partidarios de la paz que, llegado el caso, estaban dispuestos a romper el Gobierno en aras de nuestra neutralidad».

Sin embargo, el hecho es que una semana después el Gobierno seguía intacto e Inglaterra estaba en guerra. *The Darkest Days* nos ofrece una vívida cronología de cómo se llegó a este desenlace, tras una sucesión de actos calculados de usurpación de funciones, ocultación y sabotaje por parte del trío dominante bajo la dirección de Asquith (Grey en el Foreign Office, Churchill como responsable de la Armada y Haldane en el Ministerio de la Guerra), al tiempo que la crisis entre las cuatro potencias, Austria, Rusia, Alemania y Francia, se agudizaba en el continente. El 26 de julio, Churchill ya había movilizado la flota en Portland, lo que anunció a la prensa a la mañana siguiente, y sin haber informado al Gobierno. Dos días después la envió a posiciones de guerra en el mar del Norte contra la flota alemana, de nuevo sin consultar al Gobierno, a fin de evitar que «por error, la orden

se interpretara como una provocación». El día 29, Austria declaró la guerra a Serbia y Rusia ordenó una movilización general, para la que había dado en secreto, animada por Francia, instrucciones «parciales» cuatro días antes. En virtud de su alianza con Austria, Alemania ahora afrontaba la perspectiva de una guerra no solo con Francia, extremo para el que los planes militares alemanes preveían un rápido avance hacia París a través de Bélgica, sino también con Rusia. Alarmado ante las noticias de la movilización rusa, Bethmann-Hollweg trató de asegurarse la neutralidad de Gran Bretaña, con la promesa de que, si Francia fuera derrotada, Alemania renunciaría a cualquier anexión en Europa, dejando Bélgica –después de las hostilidades– intacta y adueñándose únicamente de colonias francesas de ultramar. Este ofrecimiento fue rechazado abruptamente como deshonesto por parte de Grey y Asquith, que estaban «seguros de que el Gobierno lo habría aceptado».

El 31 de julio, en una aparente tentativa de dar con una justificación para la intervención que fuera más aceptable para los miembros radicales del Gobierno que la mera adhesión a la Entente, Grey decidió por su cuenta enviar un telegrama a París y Berlín, exigiendo a ambas capitales garantías de que, en caso de guerra, la neutralidad belga sería respetada. Cuando Rusia recibió con disgusto este plan, al ordenar la movilización total antes que Alemania, el 31 de julio, se decidió a regañadientes hacer un intento de impedirla: Asquith sacó al «pobre rey» de la cama para que firmara una súplica a su querido primo «Nicky», que el embajador británico en San Petersburgo se ocupó de no hacer llegar a su destinatario hasta un día después, cuando Alemania ya había declarado la guerra, para luego ayudar al zar a rechazarla por escrito. Al día siguiente, después de recibir una advertencia oficial de Gran Bretaña a propósito de Bélgica, el embajador alemán en Londres preguntó a Grey si Gran Bretaña se mantendría al margen en caso de que Alemania accediera tanto a respetar la neutralidad belga como a garantizar la integridad territorial de Francia y de sus colonias, a lo que Grey le replicó sin ambages que Gran Bretaña no podía prometer mantenerse neutral incluso si Alemania no invadía Bélgica. «De esta forma», escribe Newton, «Berlín fue informado de la inflexible posición británica: una decisión alemana de respetar la neutralidad belga no aportaría al país crédito ni ventaja alguna, pues probablemente Inglaterra no dejaría por ello de acudir en defensa de Francia y Rusia en caso de guerra».

La única condición bajo la que Grey –veinticuatro horas después– podría contemplar la neutralidad de Gran Bretaña sería la ausencia de guerra entre Alemania y Francia en Europa occidental, es decir, si la contienda quedara circunscrita a un conflicto oriental entre las potencias centrales y Rusia. Sin embargo, además de ser aquella una perspectiva impensable para Francia (que desde la crisis serbia se mostraba por momentos más beligerante que la propia Rusia), enfureció a Jorge V, quien –empuñando un telegrama

conciliador de su primo menos querido, el káiser Guillermo– convocó a Grey a Palacio para una reprensión y una retractación. Esa noche, Churchill ordenó la movilización total de las reservas navales, «a pesar de la decisión en contra del Gobierno» –tal y como él mismo observó– y con una mera «mirada» cómplice de Asquith, después de una cena de gala celebrada en Downing Street con la asistencia del embajador de Rusia. Dos días más tarde, en un largo discurso lleno de divagaciones, Grey anunció a la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña debía intervenir en caso de que la neutralidad de Bélgica fuera violada. No hubo ni decisión del Gobierno ni votación parlamentaria sobre la entrada de Gran Bretaña en la guerra. La mayor parte de los ministros ni siquiera llegó a ver el ultimátum enviado a Alemania el 4 de agosto, después de que sus tropas cruzaran la frontera belga. Como tampoco aprobaron la declaración formal de guerra que le siguió aquella misma noche, un paso que se dio en el Consejo Privado, compuesto solo por tres miembros y el propio monarca.

La acusación que Newton formula contra la secuencia de subterfugios diplomáticos que llevaron a Gran Bretaña a la Gran Guerra es condenatoria. El hecho de que estos fueran tan necesarios parece avalar su hipótesis de que la oposición en el seno del Gobierno a la entrada en la guerra suponía un obstáculo real para sus arquitectos, que no podían permitirse unas dimisiones que podían suponer la disolución del gabinete en su conjunto. Sin embargo, el hecho sigue siendo que de los once ministros que, según Harcourt, se oponían firmemente a la intervención, todos menos cuatro la aceptaron; y de los cuatro que sí dimitieron, dos regresaron al Gobierno a las veinticuatro horas, después de una serie de encuentros entre lágrimas con Asquith. Los dos restantes –el biógrafo de Gladstone, Morley; y Burns, el único miembro del Gobierno de clase trabajadora– se abstuvieron de emitir la más mínima objeción en público. Sus acciones no tuvieron nada que ver con la invasión alemana de Bélgica. Las cuatro dimisiones, tanto las retractadas como las mantenidas, lo fueron en protesta por el respaldo británico a la Entente, expresado el 2 de agosto, cuando Grey logró de sus colegas un compromiso de apoyo naval a Francia en caso de que la flota alemana entrara en el Canal de la Mancha (una decisión que, según Burns, «equivalía a una declaración de que interveníamos en esta guerra»). Pero una vez declarada la guerra, la oposición a la misma se esfumó de un día para otro. Un puñado de parlamentarios radicales de las últimas bancadas criticaron al Gobierno, pero ninguno se opuso a la concesión de los créditos de guerra.

Newton no llega a explicar este enigma. Si la fuerza de su narración reside en el cristal de aumento que coloca sobre el Gobierno británico en los últimos días previos a la guerra, su limitación consiste en que nunca llega a extraer a partir de ahí una visión de más amplio espectro del partido que condujo a ella, como tampoco del sistema internacional que gobernaba las

decisiones de todas las potencias de aquel periodo. A falta de una caracterización más precisa de las dinámicas del liberalismo británico, del terreno político en el que este operaba y de su profunda implicación en la estrategia imperial, las acciones de sus representantes individuales en aquellos meses de julio y agosto son difíciles de entender. A finales del siglo XIX, el Partido Liberal se había escindido a raíz de la conversión tardía de Gladstone a la causa de la autonomía irlandesa, una división que lo condenó a casi veinte años de aislamiento y marginación, si bien con algunas interrupciones en la década de 1890. Para cuando regresó al poder, con la victoria electoral de 1906, el paisaje político se había alterado por la emergencia del Partido Laborista a su izquierda, así como por las presiones crecientes desde sus propias filas en pro de la reforma social y económica. Una vez en el poder, la agenda del partido estuvo dominada por cuestiones de política interna – reformas sindicales, fiscales, educativas y de previsión social– en un clima de intensa polarización: las obstrucciones conservadoras ante unos presupuestos de cariz redistributivo llevaron a una reducción constitucional de los derechos de la propia Cámara de los Loes. En las batallas a propósito de estas cuestiones, los radicales del partido estaban en su elemento. La autonomía de Irlanda, que era un asunto todavía más explosivo, se dejó prudentemente a un lado hasta que los liberales perdieron la mayoría en las elecciones de 1910, teniendo a partir de ahí que apoyarse en el Partido Nacionalista Irlandés para formar gobierno. El precio de este apoyo no fue otro que la cuestión de la autonomía, que volvió a ponerse sobre la mesa ante la furiosa oposición conservadora. Todo esto –junto con el activismo obrero y de las mujeres sufragistas– ocupó la escena política, cuyo clásico retrato lo encontramos en *Strange Death of Liberal England*, de George Dangerfield.

Pero si su ala radical marcaba la pauta en los debates domésticos, en la política exterior el Nuevo Liberalismo se distinguió desde el principio como un régimen con características propias, que cayó en distintas manos. En efecto, la política exterior la dirigía un triunvirato que se remontaba a la década de 1890, formado bajo los auspicios del último primer ministro liberal del siglo y el más abiertamente imperialista de todos, el errático conde de Rosebery, que defendía que para el partido era esencial reclamar el centro de la política británica, demostrando que podía ser tan militantemente patriota en cuestiones de política exterior y colonial como podían serlo los conservadores. Mientras echaban la culpa del exilio electoral del partido a las mentalidades provincianas imperantes en su seno, el grupo en torno al primer ministro alegaba que las tradiciones librecambistas-cobdenistas habían quedado obsoletas en dos sentidos, que iban más allá de la objeción básica de que se habían vuelto impopulares. La expansión en el exterior era ahora el complemento de la reforma social en casa, donde se hacían necesarias medidas sociales con el fin de criar una auténtica raza imperial: esta

era una cuestión de supervivencia nacional en una era de feroces rivalidades económicas y geopolíticas, con la emergencia de una Alemania que ocupaba las mentes de todos.

Los principales seguidores de Rosebery eran Asquith, Grey y Haldane, que, como él, también se proclamaban con orgullo liberal-imperialistas. De los tres, Grey era el que más lejos llevaba su celo imperial, hasta el punto de llegar a incomodar al Gobierno de Rosebery, con sus reclamos a favor del control británico de la totalidad del valle del Nilo y de Uganda. En un momento en el que había una intensa oposición en el seno del Partido Liberal a las maquinaciones de Chamberlain y Rhodes en Sudáfrica, Grey favoreció el encubrimiento de las responsabilidades por la Incursión de Jameson [*Jameson Raid*], y apoyó la captura por parte de Chamberlain y Rhodes del Transvaal y del Estado Libre de Orange, repitiendo como un loro la pretensión de que Gran Bretaña era la víctima de una agresión bóer. Por otro lado, ni él ni Asquith, que en su calidad de editorialista de *The Economist* había aplaudido la represión en Irlanda, querían saber nada de autonomía. Instigados por Haldane, los tres habían intentado bloquear en 1905 el acceso a primer ministro de Campbell-Bannerman, a quien consideraban culpable de debilidad en la Guerra de los Bóers, y solo cedieron cuando se les ofreció a cambio el control de los Ministerios de Hacienda, de Relaciones Exteriores y de la Guerra.

Grey recibió el Foreign Office no en virtud de cualificaciones diplomáticas o siquiera intelectuales –de las que carecía: no hablaba idiomas extranjeros y no le agradaba viajar; su logro intelectual más notable consistía en un manual de pesca con mosca–, sino por otras dos razones. En primer lugar, era un gran terrateniente de familia aristocrática, en un periodo en el que el pedigrí era un requisito para acceder a cualquier posición en cualquier país europeo excepto Francia, y en un partido, el suyo, donde había poca disponibilidad de personas de semejante origen. En segundo lugar, para los conservadores suponía una garantía, pues lo consideraban absolutamente sólido en tanto que abierto defensor de la «continuidad» en materia de política exterior, la cual había cambiado desde los tiempos del «espléndido aislamiento» de Salisbury. Con el cambio de siglo, los gestores *tories* [del Partido Conservador] del Imperio habían llegado a la conclusión de que, con la emergencia de potencias rivales en Europa –sobre todo, Alemania, pero sin olvidar a Rusia en Asia–, ya no era posible, en ausencia de aliados, preservar la soberanía británica –el *British Raj*– en el tablero mundial. Incluso el estatus de Gran Bretaña como primera potencia marítima estaba siendo desafiado por la emergencia de Alemania, Estados Unidos y Japón. «Estoy poco a poco llegando a la conclusión de que debemos alterar nuestra política exterior y unirnos, para bien o para mal, con alguna otra potencia», escribió lord George Hamilton, secretario de Estado para la India, a lord

Curzon, virrey en Calcuta, en 1901. «Nuestros intereses son tan vastos y están tan ramificados» que se hacía «casi imposible» concentrar «la presión y la fuerza del Imperio para disuadir a las naciones extranjeras de dañar nuestros intereses». En 1904, el Gobierno de Balfour había alcanzado, en línea con la lógica de Hamilton, un entendimiento provisional con Francia.

Grey, que se incorporó al Gobierno con la *idée fixe* de que Alemania constituía «el peor enemigo y el mayor peligro para Gran Bretaña», había ya llegado a la conclusión de que su país debía buscar una alianza con Francia y Rusia, cuya cooperación en Asia significaría el máximo beneficio en términos de seguridad y de ahorro. Inmediatamente, amplió el entendimiento anglo-francés, que había heredado, a un acuerdo anglo-ruso en 1907, tras negociar un reparto de Persia entre Londres y San Petersburgo en forma de protectorado no declarado. En la medida en que Francia y Rusia venían formando durante cierto tiempo una alianza formal, la lógica subyacente suponía la cristalización de una Triple Entente desplegada contra las potencias centrales de Alemania y Austria-Hungría. Geográfica y culturalmente más próxima a Inglaterra, en ese arreglo Francia era necesariamente el socio clave. Así, cuando cuatro años después Alemania desafió a Francia por la captura de Marruecos, Gran Bretaña inmediatamente se puso del lado de París, amenazando con la guerra si Berlín no daba marcha atrás. Al año siguiente, Grey cerró con Francia un pacto secreto por el que se permitía a la armada francesa patrullar el Mediterráneo, mientras que la flota británica vigilaría el Canal de la Mancha. Entretanto, en el Ministerio de la Guerra, Haldane preparó seis divisiones para una fuerza expedicionaria británica que asistiría a Francia en el supuesto de una guerra terrestre, y –también en completo secreto– en ambos países el Estado Mayor comenzó a planificar operaciones conjuntas para el caso de un conflicto con Alemania. Las protestas reiteradas de Grey, tanto en el Gobierno como ante el Parlamento, que repetían que Gran Bretaña no había cerrado ningún compromiso con potencias continentales –y que «sus manos estaban libres»–, no eran verdad. Aunque todavía era un tabú verbalizarlo, ya era un hecho: Gran Bretaña estaba atada por una Triple Entente, que hacía casi inevitable su entrada en una guerra de grandes proporciones que involucrara a Francia y a Rusia.

Cuando finalmente esta se produjo, la perspectiva no entusiasmó a Grey, y es cierto que una aureola de mojigatería ha venido protegiéndole de las críticas que en general los historiadores sí han dedicado a sus homólogos en Viena y Berlín, así como –últimamente– en San Petersburgo y París. Sin embargo, la actitud reticente de Grey simplemente reflejaba la postura estructural del imperialismo británico, en su condición de depredador soberanamente satisfecho entre sus rivales, cuya preocupación estratégica por entonces era principalmente defensiva: no se trataba de ampliar, sino de defender los territorios que el león había ido acumulando por el planeta. Si

bien en principio no mostró una actitud particularmente belicosa, terminó insistiendo empecinadamente en la necesidad de la guerra una vez que la Entente así lo había decidido. La resolución que mostró entonces venía inspirada por lo que fue la motivación fundamental de la intervención británica, según la describiera en su diario uno de los raros radicales de principios presente en la Cámara de los Comunes, Arthur Ponsonby: «No luchamos para proteger a una nación pequeña y débil. No luchamos para salvaguardar la neutralidad belga. Luchamos porque nos sentimos celosos del poder de Alemania». En esto, los sentimientos de Grey siempre fueron claros. En un memorándum de 1906, nada más tomar posesión de su cargo, expresó su determinación de ir a la guerra contra Alemania en caso de que esta atacara Francia, propósito que también expresó reiteradamente al embajador ruso en la crisis de 1911. Estas eran las declaraciones de un político que, en palabras de Christopher Clark, «fue sin lugar a dudas el ministro de Asuntos Exteriores más poderoso de la Europa de preguerra». Grey es recordado por la portentosa hipocresía de la que supuestamente hizo gala, mientras miraba por una ventana del Foreign Office, en un atardecer de 1914: «Las luces se van apagando en toda Europa. No volveremos a verlas lucir durante el resto de nuestras vidas». Esto, como se señalaría luego, lo decía uno de los que con más empeño las iba apagando.

Asquith, un espécimen muy diferente de la clase política eduardiana, aunque estaba menos ideológicamente predeterminado, era incapaz de distanciarse de Grey, cuya amenaza de dimisión en caso de que Gran Bretaña dejara de cumplir su deber con Francia hacía impensable cualquier otra opción. Su estilo como gobernante no era mojigato, pero sí incurablemente frívolo. Asquith era un alcoholíco que bebía whisky con soda antes del desayuno, que redactaba cartas de amor a su amante, Venetia Stanley, durante las reuniones del gabinete ministerial, y que combinaba las fanfarronadas (la invasión de Bélgica «simplificaba las cosas», decía) con revelaciones íntimas. De su desempeño en el momento culminante de la crisis nos dejó un vívido retrato su esposa, Margot, a quien él encontró en la cama una noche, al volver a casa después de haber enviado por todo el Imperio un «telegrama preventivo». «Nunca había visto a Henry tan motivado [...]. Con gran excitación, me levanté y me sentí a diez metros sobre el suelo. “¡Qué emocionante, querido!”». H. «me besó con bastante solemnidad y me dijo que iba a ser muy interesante». Dos días después, en plena partida de bridge con Grey, Haldane y otros ministros, Edwin Montagu –secretario financiero del Ministerio de Hacienda y futuro marido de Venetia– «saltó de la mesa de juego», agarró a Margot y «con un violento susurro» le dijo: «¡Tenemos que movilizarnos mañana, y declararlo!». Asquith condujo la guerra como entró en ella: «Soberano, abúlico y como una cuba» (Churchill), un «carnoso, sanguíneo abad medieval borrachín» (Strachey), hasta el momento

en que, marchito incluso el único talento extraordinario que poseía –para la supervivencia política–, encontró su merecido destino en 1916.

Por flagrante que fuera el contraste entre sus respectivos temperamentos, Churchill tenía incluso menos reservas con respecto a la Entente que Grey. Churchill no era originariamente un imperialista liberal, sino un conservador que se había ganado su reputación como héroe de la Guerra de los Bóers, en un momento en que Chamberlain se mofaba del grupo con el apelativo de «flojos» lisiados. En su oposición a la introducción de tarifas proteccionistas a las importaciones [*Tariff Reform*], sin embargo, Churchill se había acercado a los liberales en 1904, sin perder por ello nada de su ardor guerrero ni de su entusiasmo por el Imperio. Al frente de la Armada británica, dirigía la carrera armamentística naval contra Alemania, que afrontaba con vigor. Al llegar 1914, pocos políticos europeos estaban tan imperturbablemente exultantes como Churchill ante la perspectiva de una conflagración, ni tan dispuestos a ignorar las convenciones del cargo en la persecución de este objetivo. En un momento de respiro durante la crisis de julio, le soltó alegremente a su esposa, Clementine: «Todo se dirige hacia la catástrofe y el colapso. Me siento interesado, preparado y feliz. ¿No es horrible estar hecho de esta manera?». Después de haber forzado al Gobierno a asumir unas bases navales en disposición de guerra, a las pocas horas de la entrada de Gran Bretaña en la contienda su primera propuesta –supuestamente para proteger la neutralidad belga– consistió en violar la neutralidad holandesa, bloquear Ámsterdam y embotellar el Rin. La carnicería que siguió no alteró su ánimo. Dos años después, escribía: «Adoro esta guerra. Sé que está aplastando y masacrando miles de vidas en cada momento y, sin embargo –no lo puedo evitar–, disfruto cada segundo de la misma». Esto fue después de su debacle en Galípoli.

Si estos eran los más prominentes intervencionistas, ¿qué decir de los miembros radicales del Partido Liberal, que jugaron, según Newton, un papel más noble a la hora de resistirse a los tambores de guerra? Para el ojo público, el más prominente de entre ellos era sin duda Lloyd George, autor del *People's Budget* y martillo de la Cámara de los Lores. Pero el diputado con simpatías probóer de la década de 1900 había dado paso, en 1916, al señor de la guerra que defendía la victoria a cualquier precio, y que en 1918 promovía la campaña para «colgar al káiser». Después de un áspero intercambio en 1909, había dado su visto bueno a unas previsiones presupuestarias al alza para el sector naval, y en 1911 usó todo su peso para respaldar a Francia, advirtiendo públicamente a Alemania de que Gran Bretaña «no aceptaría jamás la paz a cualquier precio» allí donde tuviera «intereses vitales». Cuando sobrevino la crisis en 1914, su amante, Frances Stevenson –una mujer que «rezó para que los alemanes invadieran Bélgica»–, confesó que Lloyd George «realmente estaba decidido desde el principio, estaba convencido de que tendríamos que ir a la guerra, y la invasión de Bélgica era, por

decirlo en términos cínicos, un pretexto venido del cielo para apoyar una declaración de guerra». El principal ministro que presentó su dimisión, Morley, no era precisamente un defensor coherente de la llama radical: no solo era resueltamente contrario a los sindicatos y a la ley de la jornada de trabajo de ocho horas, sino que además era uno de los pilares de la represión en la India, encargado de sofocar cualquier tipo de «sedición» que pudiera amenazar el poder del imperialismo británico en el subcontinente.

En cuanto a Lewis Harcourt («Loulou» para los amigos), arquitecto de la oposición de primera hora a la intervención británica, que amenazó con dimitir y romper el Gobierno por este asunto, decidió luego jugarse el todo por el todo poniéndose del lado de Grey y Asquith, pergeñando planes prácticamente al día siguiente para tomar el África oriental y suroccidental alemana, Togo, Camerún, Nueva Guinea, Nauru y Samoa. De esta manera se dirigía a sus colegas el 6 de agosto: «Colonias alemanas: me haré con ellas en su mayor parte». Era peligroso enviar una fuerza expedicionaria británica a África inmediatamente, ya que las tropas podían necesitarse para apaciguar la India y «lidiar con una posible revolución» en el mismo norte de Inglaterra. En la primavera de 1915 dirigía un memorándum secreto al Gobierno con un título transparente, *The spoils*, en el que abogaba por una mayor expansión del Imperio británico no solo en África, sino también en Asia, en el Oriente Medio y en el Pacífico. Nada de esto representaba una ruptura brusca con la mentalidad predominante del liberalismo de Asquith, compartida tanto por los imperialistas como por los radicales. La Ley de Secretos Oficiales de 1911, aprobada sin oposición alguna y cuyas célebres disposiciones siguen amordazando a la prensa británica hasta el día de hoy, no era sino un presagio de lo que estaba por venir. Pues ¿qué sentido tenía una diplomacia secreta en ausencia de leyes contra su revelación (amén de una cláusula oculta en la ley, que incluía una lista de extranjeros alemanes y austriacos en Gran Bretaña)?

Los miembros radicales del Gobierno no fueron simplemente engatusados. Aceptar la política de Grey de «indecisión aparente» (que consistía en una negativa tortuosa, hasta el último minuto, a explicar con claridad las condiciones bajo las que Gran Bretaña podría o no intervenir) era una receta para evitar la caída del Gobierno, no para evitar una guerra europea. Una mayoría de radicales aceptaron el compromiso naval con Francia el 2 de agosto: hábilmente superados, terminaron cediendo, si bien con pesar en el corazón. Al día siguiente los cuatro miembros del Gobierno, junto con un viceministro, dimitieron. Sus acciones no solo fueron únicas en Europa, nos dice Newton, sino que aún hoy siguen siendo bastante desconocidas: «Pocos historiadores han reparado en ellas. Y son aún menos los que reconocen ahí una protesta digna de señalarse». Pero el escaso interés que los historiadores han mostrado por este «evento singular» se comprende mejor cuando consideramos su resultado final. Durante la intervención de Grey

en la Cámara de los Comunes el 3 de agosto, se sentaron en silencio detrás de él, ocultando sus intenciones a los demás disidentes dentro de su propio partido. Sin liderazgo de primera fila, los radicales de los últimos bancos del Comité de Asuntos Exteriores del Partido Liberal –que no estaban al tanto de las querellas gubernamentales ni del hecho de que Bélgica no tenía nada que ver con ellas– empezaron a dividirse tras el discurso de Grey. Phillip Morrell, que había expuesto los crímenes belgas en el Congo (que Grey, cómo no, había tratado de mitigar), no obtuvo más que un debate de algunas horas en la Cámara de los Comunes, que no fue sino una mera sesión informativa. Newton rinde homenaje a aquellos que no dejaron de tomar la palabra dos días después, cuando la guerra ya se había declarado. Pero si bien no deja de mencionar todas las formas de disenso –del desafío abierto a los murmullos de desaprobación, pasando por las tardías expresiones de lamento–, a continuación pasa por alto la rapidez con que la mayoría de los políticos terminaron alineándose. La votación de los créditos de guerra por un valor de 100 millones de libras, el 5 de agosto, es en este sentido un caso paradigmático. Newton enumera a aquellos diputados liberales que «encontraron su voz» y se negaron a «dejar sin crítica» la política exterior de Grey. ¿Y luego? «La mayoría anunció inmediatamente que votaría a favor de los créditos». Wedgwood, el magnate de las cerámicas, comenzaba con estas palabras: «Como no quiero que mi país sea derrotado, votaré ciertamente a favor de los créditos». La votación salió adelante con absoluta unanimidad.

En el colapso de la oposición de los radicales a la guerra intervinieron tres factores, y Newton se hace eco de cada uno de ellos. En el Gobierno, al margen de las obvias consideraciones de oportunismo político, los anuncios de Grey de que dimitiría de no salirse con la suya le permitieron a Asquith amenazar a sus colegas con que, si Grey se iba, él sería el siguiente y el Gobierno se vendría abajo, jugando con los miedos de los radicales a un regreso al poder de los conservadores en régimen de coalición (al final, este fue precisamente el resultado que la guerra propició, lejos de evitarlo). En la Cámara de los Comunes, las apelaciones a la tradición gladstoniana tuvieron el efecto deseado. *The Darkest Days* deja claro que ningún ministro dimitió por la cuestión de Bélgica: según consta en las actas del Consejo de Ministros del 29 de julio, sería «la política», y no «la obligación legal», lo que determinaría el curso que Gran Bretaña habría de seguir, mientras que la propia decisión de ir a la guerra se tomó dos días antes de la invasión. Pero cuando Grey invocó a Gladstone en el Parlamento para mantener que Gran Bretaña tenía un deber moral de defender a las pequeñas naciones que luchaban por su libertad, su retórica resonaba en los oídos de muchos, y ello por una razón. Los radicales que se habían opuesto a la Segunda Guerra de los Bóers alegando razones gladstonianas de «moralidad internacional» podían ser llamados a defender Bélgica con el mismo espíritu. El

asesinato de millones de personas que este pequeño país había perpetrado en el Congo no tenía más relevancia de cara a los estándares éticos fijados por Gladstone –el *Grand Old Man*– que su propia toma de Egipto. Estaba también la lección que dejaba su frugalidad, su idea de la «racionalización» o reducción del gasto público. La intervención podía hacerse a un módico precio, con una rápida campaña en alta mar. «Nosotros», según dijo Grey ante la Cámara de los Comunes, «que contamos con una flota poderosa, que creemos capaz de proteger nuestras líneas comerciales, nuestras costas y nuestros intereses, si entráramos en la guerra, sufriríamos solo un poco más que si nos mantuviéramos al margen». Churchill jugó una mano con la que había ganado muchas partidas anteriores cuando le pasó a Lloyd George la siguiente nota: «La guerra naval será barata; no más de 25 millones de libras al año». En 1917 estaba costando 7 millones al día. Un Gobierno liberal que había sido tachado de revolucionario porque su último presupuesto en tiempos de paz había sido de 207 millones de libras, que incluían un modesto desembolso que Lloyd George había hecho en «la gente», mostró una munificencia mucho mayor a la hora de mandar a esa misma gente al matadero: 9.500 millones de libras durante los cuatro años que siguieron.

Más ignominioso incluso que el alineamiento de la mayor parte de los radicales con los colores patrios en 1914 fue la rendición del Partido Parlamentario Irlandés al chovinismo imperial del momento. Tanto su líder, Redmon, como su segundo, Dillon, avalaron la suspensión de la autonomía –que era la razón de ser de su partido– por el tiempo que durase la contienda, llamando a católicos y protestantes por igual a «unirse en las armas» para «defender las costas de nuestro país» (Redmon llegó incluso a llamar a sus compatriotas a que se presentaran voluntarios para morir al servicio de sus amos coloniales en Francia, incluso mientras Dillon, en privado, hacía comentarios mordaces sobre la culpa inglesa por la guerra). Redmond, que murió en 1918, no llegó a ver el destino de su partido, tan merecido por su oportunismo: la guerra lo condenaría al olvido por la connivencia que mostró con el imperialismo británico. El Partido Laborista, como era previsible, salió en defensa de la guerra. Ramsay Macdonald, que en un primer momento se opuso a ella, al cabo de pocos meses escribía que «no había nada de sórdido ni de chovinista en nuestras intenciones». Tanto él como Keir Hardie estarían pronto explicando que se trataba de una guerra justa, que tenía que combatirse para alcanzar una paz justa.

Newton dedica menos páginas a narrar lo que sucedió fuera del Parlamento. Al mencionar una protesta de algo parecido a un frente popular en ciernes en Trafalgar Square el 2 de agosto, un mitin de sufragistas y sindicalistas en Holborn, manifestaciones en Bolton y Birmingham y el descontento en pueblos y aldeas de Escocia, argumenta que «la carrera hacia la guerra simplemente dejó atrás el movimiento por la paz». Pero se trata

de acotaciones al margen. «El lado más inspirador de la historia» de la Gran Guerra, escribe, «está en la lucha por impedirla». Sin embargo, se necesitaba mucho más coraje e inteligencia para oponerse a la guerra una vez que esta hubo comenzado. Newton, que muy rara vez alude a la *intelligentsia* en tanto que instancia diferenciada de la clase política de su tiempo, dedica poca atención a aquellos que dieron muestras de tal coraje. L. T. Hobhouse, al que sí menciona, bien puede haber estado «con una indignación al rojo vivo» en una carta que le escribió a su hermana Emily en agosto, pero pronto se calmó para pasar a denunciar las perniciosas tensiones que recorren el pensamiento alemán desde Hegel hasta Nietzsche, que solo las «prosaicas y humildes inducciones y deducciones» de los civilizados ingleses podrían derrotar. Después de hacer una encendida defensa de la neutralidad en julio, *The Manchester Guardian* de C. P. Scott siguió un camino similar, prestando su apoyo a Lloyd George en tanto que el hombre capaz de lograr la victoria en «una nación comandada y regimentada para el servicio». Aquellos pensadores liberales cuya resistencia a la guerra era más coherente (desde Francis Hirst en la derecha, que perdió su puesto en *The Economist* por su intransigencia, a J. A. Hobson en el centro y Bertrand Russell en la izquierda —este último expulsado del Trinity College y más tarde encarcelado—) están ausentes. El comentario más afilado sobre la entrada británica en la guerra que podemos leer en todo el libro proviene de Wilfred Scawen Blunt. ¿Para quién —escribió en su diario— luchaba Gran Bretaña? «Para Rusia, verdugo de Polonia, Finlandia, Persia y todo el norte de Asia. Para Francia, nuestro bandolero compinche en el norte de África, y por último para Bélgica, con su abominable trayectoria en el Congo». En eso consistía —decía sin contemplaciones— «aquello que llamamos honor inglés».

Hay, sin embargo, una importante excepción a lo que, por lo demás, es una endeble contextualización del periodo previo a la guerra. Newton dedica un poderoso capítulo a la arrolladora cruzada en favor de la participación británica promovida desde las más altas esferas del partido y de la prensa conservadores, en coalición con el alto mando del ejército y con altos funcionarios del Foreign Office. En el centro de esta red, según nos muestra, se encontraba el virulento general del Ulster sir Henry Wilson, instigador del motín de Curragh, director de Operaciones Militares en el Ministerio de la Guerra y principal encargado de la planificación de la fuerza expedicionaria británica con destino a Francia. Después de la guerra sería ejecutado a la puerta de su casa por el IRA. Movilizando todos los recursos a su disposición, instigó un pogromo para intimidar a dubitativos y cobardes presentes en el bando gubernamental, así como a sus partidarios, e inflamó los ataques de los *tories* contra cualquier signo de debilidad detectable en la diplomacia británica. No era este un término que causara reparos en la prensa de Northcliffe, desde la que *The Times* y el *Daily Mail* tronaban contra los peligros de las «finanzas

judías» pacifistas de la City. Newton, si acaso, subestima el poder del frente conservador en la prensa; en ocasiones relaciona sus órganos con sus homólogos liberales, como si ambos tuvieran una influencia comparable. La realidad es que había un drástico desequilibrio. El periódico que él considera que fue la voz más importante de la opinión liberal, el *Westminster Gazette*, con un máximo de 20.000 lectores, se asemejaba más bien a la publicación de un club; a su lado, *The Times* tenía una circulación de más de 150.000. El noticiero liberal con más lectores, el *Daily News*, vendía 500.000 copias, mientras que el *Daily Mail* vendía un millón. En medio de este bombardeo chovinista, los contactos entre los políticos conservadores de primera fila y los ministros liberales fueron estrechos y continuos. La propensión británica a la paz no era más que un mito interesado. En palabras de Newton: «A menudo imaginamos que toda la gente sensata se opone a la guerra. Pero el hecho es que en julio de 1914 mucha gente en Gran Bretaña miraba la perspectiva de la guerra con entusiasmo. Personajes influyentes dados a retratarse a sí mismos como custodios de la llama nacional –en el entorno de la política, de la prensa, del Foreign Office y del ejército– instaron a la intervención militar desde los primeros días de la crisis».

¿Qué lugar ocupa *The Darkest Days* en la historiografía contemporánea de la Primera Guerra Mundial? En términos generales, dos interpretaciones convencionales han dominado el campo del debate. La primera reflejaba la confluencia mutuamente satisfactoria entre los historiadores británicos (incluyendo a los norteamericanos anglófilos) autocomplacientes y los alemanes autodenigratorios. La idea de que Gran Bretaña entró en la Gran Guerra con un espíritu desinteresado de *noblesse oblige* (o, según rezaba el título del editorial de *The Times* del 1 de agosto de 1914, cumpliendo «A democratic duty») constituyó un artículo de fe patriótica desde el inicio, y ha ido ganando terreno desde la década de 1980 en el gremio de la historia militar británica. A la inversa, la escuela alemana asociada a Fritz Fischer, historiador que trató de compensar su propio pasado nazi con una extravagante construcción de la culpa de guerra guillermana, atribuyó casi toda la culpabilidad por el estallido de la Gran Guerra al Segundo Reich, retratando al desventurado Bethmann-Hollweg como «el Hitler de 1914». Lógicamente, este argumento casaba muy bien con las pretensiones de inocencia británica ante la contienda. En años recientes, la autoflagelación practicada por Fischer –un archivista precursor de las histéricas corrientes *antideutsch* (o proisraelíes) en la República Federal actual– ha quedado desacreditada, destino que, en menor medida, también han sufrido los mitos anglófilos que la acompañaban.

La nueva ortodoxia es más imparcial que la anterior, pero no mucho más lúcida. Nos cuenta la historia de un puro accidente, trágico e involuntario, donde una serie de graves equivocaciones y errores de cálculo por parte de los gobernantes de todas las potencias del momento confluyeron

para generar en Europa un infortunio de dimensiones históricas y mundiales. Una cadena extraordinaria de contratiempos, empezando por la calle equivocada que tomó el chófer del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, detonaron el desastre: no hay necesidad de indagar en causas más profundas. Tal es el mensaje que se desprende fácilmente de las dos síntesis recientes más prominentes sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, *Sonámbulos* [*Sleepwalkers*], de Christopher Clark, y *July 1914*, de Sean McMeekin. Ninguna de las dos niega la existencia de síntomas malignos en el orden de preguerra. Pero el efecto de ambas es sugerir que la catástrofe fue contingente: las cosas fueron así, pero igual podrían haber sido de otra manera.

El libro de Newton no hace ninguna concesión a la primera versión. Así, ataca con rotundidad las apologías del papel que jugó Gran Bretaña en el conflicto, y se distancia de las tentativas que en Alemania buscan de nuevo dar por bueno el veredicto de Versalles. No, la guerra no fue ni justa ni necesaria. Sin embargo, en lo que respecta a la segunda interpretación de los acontecimientos, se equivoca, e incurre en una contradicción que socava la intención misma de su obra, pues, por un lado, insiste en que la guerra no la produjeron unos dirigentes ciegos y temerarios, sino el propio orden social en el que se hallaban inmersos y del que ellos mismos eran producto. «Poner el foco en las personas culpables solo nos distraería de la tarea de comprender las causas complejas y sistémicas de la guerra. Repartir la culpa entre *aquellos* que la tuvieron no nos ayuda a ver *aquello* que la tuvo. La verdad más amplia de la tragedia de 1914 es que los sistemas económicos, políticos y diplomáticos existentes a lo largo y ancho de Europa eran defectuosos, y que las grandes potencias compartían estos defectos sistémicos: el nuevo imperialismo, el darwinismo social, el nacionalismo económico, el chovinismo étnicamente consciente, el militarismo creciente que saqueaba los presupuestos nacionales, unas instituciones internacionales débiles y una nueva prensa popular que rebajaba la cultura política y envenenaba la mente del pueblo». Atenazada por estas fuerzas, «Europa estaba enferma; y Gran Bretaña no estaba libre de las infecciones que impedían y desorientaban a los demás». En 1914, «la tragedia de la guerra sepultó un sistema podrido».

Sin embargo, al mismo tiempo, el empuje narrativo del libro en su conjunto depende de una premisa completamente contradictoria: la de que la guerra no era inevitable. «En el corazón de este libro está el convencimiento de que la guerra no fue inevitable», sino que, de hecho, «quizá se podría haber evitado por completo». En esta versión, fueron precisamente hombres irresponsables los que llevaron a Inglaterra a una guerra gratuita, y hombres visionarios los que trataron por todos los medios de impedirselo. La pretensión de que la guerra era evitable explica por qué Newton se toma tanto trabajo en recuperar la protesta de los radicales. Y es también el motivo por el que

extiende dicha protesta más allá de lo verosímil –haciendo una amalgama con todos los tipos de disenso: el de los cobdenistas, el de los cuáqueros, el de los cuasi marxistas, el público, el privado y el retrospectivo–, para acto seguido recortarla, ya que las críticas que se hicieron antes de la guerra a menudo se apagaron una vez que esta fue inminente. Lo cierto es que este tipo de narrativa transmite en realidad un mensaje contrario al pretendido, ya que si todo lo que pudo alinearse para impedir las hostilidades fueron los débiles recelos de los radicales en el Gobierno, ninguno de los cuales se atrevió a hablar abiertamente al respecto, es difícil encontrar una prueba más clara de que el camino que llevó a la guerra era en verdad ineluctable.

La realidad estructural es que la Primera Guerra Mundial se libró entre imperios, por y para los imperios. Si queremos hacernos una idea clara del mundo al que dio lugar, no hay lugar mejor por donde empezar que el primer capítulo del estudio de Dominic Lieven sobre el camino emprendido por la Rusia zarista hacia la guerra, *To the Flame*, que constituye la última gran contribución al estudio del conflicto. En ella, Lieven expone los códigos y objetivos de conducta que compartían las clases dirigentes de Europa, repletos de consideraciones sobre el honor, el prestigio y la virilidad, para quienes la expansión territorial era un criterio automático de estatus de gran potencia. Tal y como nos muestra, en 1914 el reino de Gran Bretaña guardaba una semejanza algo más que incidental con el Imperio Austrohúngaro, donde Bosnia hacía las veces de Irlanda. Hasta los Estados más débiles, como Italia y España, estaban empeñados en la expansión colonial en el norte de África. El militarismo anexionista y competitivo del sistema europeo, que ya con anterioridad a 1914 había llevado repetidamente a situaciones de casi conflagración general, respondía a la lógica del diagnóstico de Schumpeter del imperialismo, en tanto que producto reflejo de unas aristocracias cuyos valores eran todavía en gran medida precapitalistas. Pero este era ya un mundo de capitalismo industrializado, cuya dinámica detonó la explosión del sistema. El diagnóstico de Lenin, realizado a los dos años de conflicto, sigue siendo fundamental para cualquier toma de conciencia con respecto al mismo. Según él, lo que hizo saltar por los aires la *belle époque* fue el desarrollo desigual del capitalismo, que generó un desfase entre el ascenso de Alemania a la posición de potencia industrial líder en Europa y su exiguo papel en tanto que potencia imperial (incluso países tan pequeños como Portugal, Bélgica y Holanda se habían hecho con un botín colonial más valioso que el suyo). Esa discrepancia era demasiado grande como para que pudiera darse cualquier forma estable de equilibrio de poder en el continente, y el desequilibrio fue haciéndose más explosivo a medida que Alemania, el más fuerte de entre los grandes Estados capitalistas de Europa, fue uncido en alianza con el más débil, Austria-Hungría. Así pues, bajo la colisión diplomática y política de 1914 hay una base económica implacable. Desde el punto de vista analítico, Schumpeter y Lenin caminaban hombro con hombro.